

La historiografía de California y la obra del padre Francisco Palou

M.^a DOLORES PÉREZ BALTASAR

La empresa de exploración y colonización de las Californias estuvo en el programa político de España ya en el primer tercio del siglo xvi. Como es sabido, uno de sus principales objetivos vino dado por la necesidad de buscar un paso entre el Océano Pacífico (la Mar del Sur) y el Atlántico, tarea que, desde la época de Hernán Cortés, acometieron los marinos que trabajaban para la Corona de España. Son un ejemplo de ello las expediciones de Juan Rodríguez de Cabrillo, Sebastián Vizcaíno, Juan de Iturbe, Luis Cestero y Pedro Porter, entre otros. Pero no fue sólo el afán explorador el que movió a la Corona española a financiar estas empresas; en épocas posteriores, especialmente en el siglo xviii, las circunstancias políticas obligaron a España a mantener una posición defensiva frente a las ambiciones expansionistas y los intereses comerciales de otras potencias que, lo mismo que en otros lugares de América, intentaban anular la soberanía española. Fue esta zona de la Mar del Sur la que se vio fuertemente amenazada por la intromisión de Rusia e Inglaterra que aspiraban a incrementar sus negocios comerciales ¹, y la creación de factorías, con gran peligro para los intereses españoles en aquellos territorios. El gobierno de España se encontró además con graves dificultades a la hora de proteger sus navíos que, procedentes de Filipinas (el famoso Galeón de Manila) con dirección a Nueva España, necesitaban repostar agua y víveres o defenderse de los ataques enemigos en algún lugar de la costa cali-

¹ Es de destacar el comercio de pieles que los rusos realizaban en la zona. Ver M. Hernández Sánchez Barba, «Españoles, Rusos e Ingleses en el Pacífico Sur durante el siglo XVIII», en *Revista de información jurídica*, n.º 121, Madrid, 1953, pp. 249-266.

iforniana. Esto dio lugar a que en 1703 se expidieran dos Reales Cédulas ordenando la construcción del fuerte de San Lucas, el cual proporcionaría la anhelada protección. Junto a estos intereses políticos no hay que olvidar que España tampoco ignoraba los innumerables beneficios de tipo material y económico que podrían proporcionarle unas tierras que, al decir de cuantos exploradores se internaron en ellas, eran ricas en frutos, aptas para el cultivo de viñedo y trigo, abundantes en oro, plata, perlas y ámbar, e incluso en incienso de calidad muy semejante al traído de Oriente, y que mezclado con sebo podía sobradamente llegar a suplir la falta de brea o alquitrán, imprescindible para las embarcaciones. Aquellos territorios no eran, pues, nada desdeñables por sus condiciones climáticas, bastante favorables, sus características físicas y su riqueza natural, lo que favorecería una colonización en toda regla. Ahora bien, esta colonización implicaba el entrar en contacto con unas tribus indígenas, en su mayoría hostiles, a quienes, más que por la fuerza, sólo se podría civilizar a través de la paciente y abnegada labor de los misioneros, y aunque, justo sea decirlo, la evangelización en aquellos territorios fue el resultado de la cooperación entre soldados y misioneros, son estos últimos los verdaderos protagonistas de la misma. Por otra parte, el Gobierno de España comprendió que una de las fórmulas más pacíficas —también la más económica— y con mejores resultados para la colonización era a través de la conversión de indios gentiles, como la experiencia de dos siglos había demostrado, por lo que no dudó en encomendar esta nueva evangelización a los misioneros. Son especialmente tres órdenes religiosas las que van a iniciar esta aventura no sin sacrificios y, en ocasiones, riesgo para sus vidas, siendo jesuitas, franciscanos y dominicos los que pusieron los cimientos de lo que es hoy uno de los principales Estados de Norteamérica. Todas estas razones explican por qué la empresa de las Californias cobró nuevo impulso en la segunda mitad del siglo XVIII y sobre todo bajo el reinado de Carlos III. Y si valiosa fué la contribución de los evangelizadores, no menos importante son los testimonios escritos que nos han dejado algunos de ellos, no sólo por su interés documental o historiográfico, sino también por la minuciosidad en los detalles y en la información que nos proporcionan, dándonos cuenta exacta de las características físicas, naturales y étnicas de la zona, así como del funcionamiento y puesta en marcha de las misiones. Las noticias del Padre Eusebio Kino o de Miguel de Venegas sobre las Californias, la información del Padre Palou, el biógrafo de fray Junípero, los diarios del Padre Crespi o las obras de fray Luis Sales, son algunas muestras de esa ingente labor misional llevada a cabo en aquellos vastísimos territorios. En un principio la evangelización fue confiada a la Compañía de Jesús que, del mismo modo que venía desarrollando una importante labor misional en otras provincias de la América hispana, aspiraba a proseguir su labor en estos parajes, ganándose a la gentilidad para la fe de Cristo y consiguiendo su vasallaje a la Corona de España. Dicha tarea había comenzado con la fundación de misiones en la Baja Cali-

fornia, para lo cual se contaba con una aportación bastante pequeña del erario real, teniendo que recurrir los jesuitas a la creación de un fondo de limosnas y, en ocasiones, a la renuncia de su propia legítima. Este sistema sería apoyado por el Padre Kino y sus compañeros de religión, Ugarte y Salvatierra, y posteriormente por los Padres Rolandeguí, Romano y Bravo. En 1703 dos Reales Cédulas aumentaban la cantidad asignada pero, aun así, ésta no era suficiente para mantener una tropa de unos veinticinco soldados, además de marinos, embarcaciones, capillas, seminarios de niños y hasta los propios misioneros. En esta etapa jesuita se crearon las misiones de Nuestra Señora de Loreto, San Francisco Javier, Nuestra Señora de los Dolores y San Juan de Londo, de las cuales dependían varios poblados. Muchas fueron las dificultades económicas por las que atravesaron, e incluso crueles revueltas, como la de 1734. Uno de los primeros cronistas que describió las Californias fue precisamente un jesuita, el Padre Eusebio Kino, el cual ya desde finales del siglo xvii dio cuenta de cómo aquel territorio no era una isla como hasta entonces se había pensado. Otro jesuita, algo posterior, el Padre Gaspar Rodero, realizaba un informe en 1737, a instancias de Su Majestad, en el que, basándose en los descubrimientos del Padre Kino, realizaba esta descripción de la California:

«La California es una grande parte de la América Septentrional situada en la Mar del Sur, y dividida del Reyno de Mexico con un brazo de mar (por partes de 40 leguas de ancho) que es un Estrecho, a quien los españoles llaman el Mar Bermejo, u Mar Rojo de Cortés. Dicha California está al principio en altura de 23 grados y llega su aumento en lo descubierto hasta los 45. Su longitud según los antiguos Geographos es de 600 a 700 leguas de Norte a Sur inclinada al Oeste, después de los Promontorios llamados Cabo Blanco, Cabo de San Sebastián, y Cabo Mendocino. Mas según los modernos se ignora dicha longitud; pues habiéndola reconocido, por espacio de tres años, el Padre Eusebio Kino, de la Compañía de Jesús, desde 1698, hasta el de 1701, halló que no era Isla, como se había creído hasta entonces la California, y que el brazo de mar que la divide de Cinaloa y Sonora, por fin acaba en el río Colorado, ó del Norte que corre por Yumas y Alchedomas, que confinan por una parte con las tierras incognitas del Nuevo Mexico, y de la otra con Bagiopas, quasi al fin del sobredicho brazo de mar»².

El futuro de las misiones californianas iniciará un nuevo rumbo a partir de 1767 (25 de junio) fecha en la que se confirma la orden de extinción y expulsión de la Compañía de Jesús, truncándose con ello la labor que esta orden religiosa estaba realizando en amplias zonas de la América hispana.

Por lo que se refiere a California, y ante esta situación de desamparo en que podían quedar las misiones ya fundadas, el entonces Virrey, Marqués de

² Informe del P. Gaspar Rodero sobre California. Descripción geográfica, histórica y rebelión de 1734. Col. Mata Linares. RAH t. LXXIX, fols. 1-16

Croix, y el visitador general del Reino, don José de Gálvez, acordaron que fueran los franciscanos pertenecientes al Colegio de San Fernando de Méjico los que prosiguieran con la empresa evangelizadora. A pesar de las dificultades y la escasez de religiosos con que entonces se encontraba el Colegio, los franciscanos se hicieron cargo, con toda ilusión, de semejante proyecto. Por entonces ya el Padre Serra estaba desarrollando en América su labor de apostolado, y fue precisamente él la persona elegida para dirigir esta nueva aventura ³. Su íntimo amigo y colaborador fray Francisco Palou narra cómo fue la salida de éste primer grupo de evangelizadores y la emotiva despedida que el Padre Guardián les hizo:

«Vayan Padres y queridos Hermanos, con la bendición de Dios y de S.S.P. San Francisco a trabajar en aquella mística labor de la California que nos ha fiado nuestro Católico Monarca; Vayan, vayan con el consuelo de que llevan para su prelado al Padre Lector Junípero, a quien por esta Patente nombro de Presidente de todos V.V.R.R. y de aquellas misiones» ⁴.

Así comienza una de las mas importantes tareas evangelizadoras llevadas a cabo por los franciscanos en el siglo XVIII en las Californias, de cuyos trabajos, sacrificios y abnegada dedicación nos han dejado constancia las obras del compañero inseparable de Serra, Francisco Palou que, junto —como hemos dicho— con las de los jesuitas Eusebio Kino o Miguel de Venegas (entre otros), la información del Padre Crespi y las descripciones posteriores del dominico Luis Sales, constituyen una de las fuentes insustituibles para el conocimiento de la historia californiana y testimonio directo de la difícil labor de puesta en marcha de una misión y funcionamiento de la misma. Por lo que a Palou se refiere, hay que decir que este misionero forma parte de ese grupo de franciscanos que colabora decididamente con la Corona en esa aventura evangelizadora y colonizadora de la alta y baja California, empresa que tuvo esa doble misión, incluso para el misionero franciscano a quien no le era ajena esa finalidad política del gobierno español, aunque no hay duda de que para estos misioneros, la evangelización era por supuesto el elemento prioritario. ⁵ No obstante, hay que tener en cuenta que el Gobierno borbónico y,

³ Numerosas son las publicaciones sobre la vida y la obra del Padre Serra, aunque la investigación mas rigurosa y exhaustiva se halla contenida en las obras publicadas por el Padre Maynard Geiger.

⁴ Francisco Palou, *Junípero Serra y las misiones de California*, edición de José Luis Anta Félez, Historia 16, Madrid, 1988, p. 93.

⁵ Eterna polémica suscitada ya por otros historiadores, como es el caso de Engelhardt y Bolton. Mientras el primero ve sólo la intención política del franciscano, Bolton habla del aumento entre lo político y lo religioso. Ver Engelhardt, *The Missions and Missionaires of California*, S. Francisco, 1908 y H. E. Bolton, *Wider horizons of America History*, Nueva York, 1939. También sobre este particular, añade Anta Félez: «En cierta medida los Padres franciscanos fueron los más unidos a la Corona, los más politizados, aunque en todo momento supieron

en especial, el reinado de Carlos III, intentó desarrollar una política de urbanismo y colonización en aquellos territorios del Nuevo Mundo, que presentaban dificultades, bien por ser límites fronterizos con otras potencias, bien por ser territorios aún vírgenes. Por este motivo es lógico que coincidieran los objetivos del misionero y del político español (a diferencia del mundo anglosajón), pues no se concebía la colonización de unos territorios, sin haber logrado la evangelización de sus habitantes.

FRAY FRANCISCO PALOU, UN MISIONERO MALLORQUÍN EN CALIFORNIA (1723-1789)

En 1723 nacía en la ciudad de Palma de Mallorca el hijo de Sebastián Palou y Micaela Amengual, a quien se le impusieron los nombres de Francisco Miguel José Joaquín. Según cuentan sus biografos, la familia Palou era muy devota de la Orden Franciscana, por lo que no es extraño que desde muy joven Palou sintiera la llamada de la vocación, profesando como franciscano en el convento de San Francisco de Palma. Allí conoció al Padre Serra que se convertirá en su profesor de Filosofía, doctorándose más tarde en Teología y recibiendo la ordenación sacerdotal hacia 1746. Fue por estos años cuando se inicia la estrecha amistad que perdurará toda su vida con fray Junípero, siendo éste quien le invite a marchar con él a las Indias, donde les esperaba un largo pero fructífero trabajo de evangelización. Tras su salida de España, a través de los puertos de Málaga y Cádiz, Serra y Palou llegaron a su punto de destino, el Colegio de San Fernando de Méjico, a finales de 1749, siendo enviados, a los cinco meses de su llegada, a las Misiones de Sierra Gorda, y después, en 1750, a Jalpán donde permanecen en la misión de Santiago ocho años, entregados a la conversión de los indios Pames⁶. Desde 1758 la vida de Serra y Palou quedan separadas; mientras Serra es enviado a San Sabá, la misión creada en Tejas entre los indios Apaches, Palou quedará en Jalpán, desempeñando entre los años de 1761 a 1766, los cargos de Comisario de la Inquisición, «vicario» y «discreto». En 1767, con la expulsión de los jesuitas, los franciscanos son llamados a dirigir las antiguas misiones fundadas por ellos; en esta ocasión Palou fué enviado a San Javier. Pero la política iba a cambiar de nuevo el rumbo de estos emprendedores misioneros, pues la posibilidad de que los rusos, ya establecidos en Alaska, pudieran extenderse por toda la costa del Pacífico buscando sobre todo desarrollar su

compaginar política y religión, tanto por lo político de las misiones como por el fin de Cristianidad que tenía la Monarquía». Ver J. L. Anta Félez, *Francisco Palou. Junípero Serra y las Misiones de California*, Historia 16, Madrid, 1988, p. 12.

⁶ Respecto a la evangelización y presencia de los franciscanos en Sierra Gorda es precisa la consulta de: Lino Gómez Canedo, «Fray Junípero Serra y su noviciado misional en América (1750-1758)».

comercio de pieles, obligó a las autoridades españolas a tomar la iniciativa de acelerar la colonización del norte californiano. Es don José de Gálvez quien a partir de 1768 convocará a los franciscanos para que sean los pioneros de esa aventura, iniciándose la famosa expedición por mar y por tierra, en la que por supuesto toman parte destacada los Padres Serra, Palou y otros compañeros. A partir de 1770 de nuevo cambia el rumbo de los misioneros franciscanos, cuando un Real Decreto ordena que se confíe a los dominicos las misiones de la Baja California, decisión que tiene sus orígenes en 1768, año en que los dominicos, a través del Padre Juan Pedro de Iriarte y Larnaga, comunicaron el deseo de que la Orden de Predicadores también pudiera desarrollar una labor misional en la California. En un principio, como comenta el dominico fray Luis de Sales, hubo cierto resquemor por parte del Gobierno y del Virrey quien en 1770 alegaba que no convenía «condescender a la petición del citado Religioso Dominicano, porque sería dar margen a inquietudes con los Padres Franciscanos a quienes estaba encargada por su parte la conquista espiritual de la California»⁷. Pero en 8 de abril de 1770, una Real Cédula alegaba que, teniendo en cuenta lo dilatado de aquellos territorios habitados por un gran número de indios gentiles, era necesario catequizarlos con la mayor rapidez posible y «solicitarlos con amor, zelo y algunos doncellitos á la vida Christiana y civil», y aunque se sospechaba que ello pudiera dar lugar a disputas con los franciscanos, esto no era de temer puesto que ya S. M. había concertado con ellos esta posibilidad cuando se hicieron cargo de las misiones jesuíticas:

«Atendiendo á lo mucho que importa acelerar por todos los medios imaginables una conquista de tanta importancia, como lo es la de la mencionada Provincia de California, la qual no ha podido lograrse todavía, sin embargo de las eficaces providencias que en distintos tiempos se han tomado para este efecto: y teniendo presente, que no obstante la cabal satisfacción con que me hallo del ardiente zelo y desempeño de los Religiosos Franciscanos del Colegio de San Fernando de esa Ciudad, quando les concedí últimamente la Misión de quaranta y cinco Sacerdotes que acaban de pasar á ese Reyno para suplir la falta de sugetos, que ocupasen prontamente las Misiones que quedaron vacantes con la expulsión de los Regulares de la Compañía, fué con calidad y condición de que no había de ser impedimento á que yo enviase á la enunciada Provincia Misioneros de otra Orden siempre que lo tuviese por conveniente; y no siéndolo á mi Real servicio, que una sola Religión, y mucho menos que un Colegio ó Convento solo ocupe una Península tan dilatada como es la de California, he resuelto á consulta del mencionado mi Consejo de 2 de Marzo próximo pasado, permitir la entrada en ella al mencionado Fr. Juan Pedro de Iriarte y á su Provincia de Santiago, á emplearse en la conversión y reducción de los Gentiles, por tener acreditada la experiencia el amor y zelo con que los Dominicos

⁷ Luis F. Sales, *Noticias de la Provincia de California*, edición de J. Porrua Turanzas, Madrid, 1959, pp 125-126.

se han dedicado en todos tiempos á este Apostólico Ministerio, cogiendo optimos frutos para nuestra Santa Fé Católica». ⁸

Así, una vez entregadas a los dominicos las misiones de la baja California, el destino quiere que sea la Orden de San Francisco la protagonista de un proyecto que constituía la máxima aspiración del Padre fray Junípero ⁹.

Precisamente el Padre Palou fue uno de los misioneros que formó parte de una de las expediciones de mayor envergadura, cuyo objetivo era la exploración de toda la costa aldeaña a lo que posteriormente constituiría la bahía de San Francisco. La idea era no sólo la exploración sino la fundación de una misión y un presidio para proteger el puerto de posibles invasiones, una vez reconocida la importancia estratégica del mismo. La expedición constituyó una de las aventuras más singulares; dirigida por don Juan Bautista de Anza, estaba integrada por unas doscientas cuarenta personas y unas mil cabezas de ganado, que fueron conducidas a través de desiertos, montañas y valles californianos. En Monterrey, Anza dejó un grupo de soldados y colonos y prosiguió el camino hacia San Francisco, el 17 de junio de 1776, para fundar la nueva misión. En esta segunda expedición Serra había designado que fuera el Padre Francisco Palou el capellán de la misma y el que dirigiera la labor espiritual, ayudado por otro compañero, el Padre Pedro Benito Cambón. Ambos, con un puñado de soldados y unos siete colonos, quedaron en el lugar elegido cerca de la laguna de Dolores, donde Palou celebraría la primera misa el 29 de junio de 1776, asistiendo también a la fundación del presidio ¹⁰. Fue en esta misión donde Palou trabajó incansablemente y con serias dificultades, primero por ser el lugar poco adecuado para el cultivo, por lo que se decidió su traslado, y en segundo término por la hostilidad de los aborígenes. Después del traslado de la misión a un lugar más favorable, Palou empezó a construir lo que sería después una bella iglesia barroca, la de San Francisco, hacia 1782, viéndose cumplido el deseo de fray Junípero de consagrar una misión al fundador de la Orden Franciscana. El Padre Palou, a pesar de los problemas económicos o políticos por los enfrentamientos con algunos go-

⁸ Luis F. Sales, *Noticias de la provincia de California. 1794, op. cit.*, pp. 125-128.

⁹ El orden de antigüedad de las misiones fundadas por el Padre Serra y sus colaboradores en California, así como el del misionero fundador, es el siguiente: San Diego (Serra, 1769). San Carlos Borromeo (Serra 1770). San Antonio de Padua (Serra, 1771). San Gabriel Arcángel (Pedro Cambón y Angel Somera, 1771). San Luis obispo de Tolosa (Serra, 1771). San Francisco de Asís (Palou, 1776). San Juan de Capistrano (Serra, 1776). Sta. Clara de Asís (Serra, 1777). San Buenaventura (Serra, 1782). Sta. Bárbara (Fermín Lasuén, 1786). La Purísima Concepción (Lasuén, 1787). Sta. Cruz (Lasuén, 1791). Nuestra Señora de la Soledad (Lasuén, 1791). San José (Lasuén, 1797). San Juan Bautista (Lasuén, 1797). San Miguel Arcángel (Lasuén, 1797). San Fernando Rey (Lasuén, 1797). San Luis rey de Francia (Lasuén, 1798). Sta. Inés (Esteban Tapies, 1804). San Rafael Arcángel (Vicente de Sarria, 1817). San Francisco Solano (José Altimira, 1823).

¹⁰ Entre las biografías más recientes sobre el Padre Palou, ver: Salustiano Vicedo, *P. Francisco Palou. Un Mallorquín, fundador de San Francisco, California*, Edit. San Lorenzo, Valencia, 1992.

bernadores, como sucedió con Francisco de Neve, permaneció ocho años en aquel paraje, habiendo bautizado antes de su regreso a Méjico a unos 447 nativos ¹¹. A partir de estos momentos pocas entrevistas podrá tener Palou con su entrañable maestro el Padre Serra: en 1771 cuando éste visita la misión de Camel; en 1781 fecha en la que se reúnen los tres mallorquines, Serra, Crespi y Palou, o en 1784 cuando Serra, visitando de nuevo San Francisco y Santa Clara, hace confesión general con Palou, como presintiendo ya el final de su vida. Como sabemos, el Padre Serra muere en ese año de 1784, cambiando así los planes de Francisco Palou que había decidido tiempo atrás, agotado por el trabajo, retirarse de la misión y trasladarse al Colegio de Méjico. Este fue el motivo por el que Palou no pudo abandonar las misiones ni su dirección hasta fechas posteriores, no regresando a Méjico hasta 1786, época en la que fue nombrado «guardián» del Colegio de San Fernando, pero no dejando de interceder ante las autoridades por el buen funcionamiento de las misiones y por los nuevos proyectos fundacionales. A partir de entonces es el Padre Fermín Lasuén el continuador de la obra y el encargado de que se hiciera realidad la creación de nueve misiones más. En 1789 el Padre Palou, enfermo y extenuado por los trabajos de toda una vida consagrada a la evangelización de California, fallece a los 66 años, pero con la satisfacción de haber proseguido la directriz marcada por su querido compañero fray Junípero.

EL CRONISTA PALOU

Junípero Serra representa la decisión, el valor y coraje del misionero que es capaz de arrastrar a otros compañeros de Orden a una aventura de signo espiritual pero no por ello libre de contratiempos y dificultades, desde la lucha contra la lenta burocracia estatal, a los disgustos ocasionados, a veces, por las decisiones arbitrarias de algunos gobernadores. No obstante y a pesar de todo, Serra fué capaz de llevar a cabo una hazaña que hoy nos parece irrealizable tanto por lo difícil y arriesgada como por la falta de medios. Serra tuvo la suerte de contar con un grupo de compañeros de indudable talla que ofrecieron su incondicional y voluntario apoyo a una empresa de colosal envergadura. Aparte de los dos grandes personajes, amigos personales de Serra, desde la época de juventud, el Padre Crespi y el Padre Palou, son muchos los misioneros que creyeron en él y siguieron su camino ¹². Pero también hay

¹¹ Ver Salustiano Vicedo, *op. cit.*

¹² Es curioso recordar cómo en esta evangelización de California, junto a Serra, Crespi y Palou, tomaron parte un número muy importante de mallorquines. A lo largo del siglo xviii y principios del xix encontramos en las misiones californianas a: los hermanos Juan Vicente y Pedro Cabot, nacidos en Bunola, Francisco Dumetz (Palma), Antonio Jaime (San Juan), Mariano Payeras (Inca), Antonio Ripoll (Palma), Mariano Rubí (Lluchmayor), Juan Bautista Sancho (Artá), Buenaventura Sitjar (Porreras).

que subrayar que algunos de ellos no sólo destacan por su aptitud para la tarea evangelizadora, sino por su labor como cronistas e historiadores de la conquista espiritual de California. Del Padre Juan Crespi conocemos sus magníficos diarios que le convierten en un periodista anticipado¹³, y por lo que se refiere a Palou, podemos decir que se consagra como uno de los primeros y mas importantes historiadores para California. Fue precisamente él la persona en quien mas confió Serra por su capacidad para el trabajo, la administración, e incluso, como se ha dicho, por su facilidad para la diplomacia, pero con el tiempo Palou demostrará que no estaba falto también de dotes literarias. Sus obras son el fruto de una dilatada experiencia misional, quedando reflejadas en las mismas todas sus vivencias personales a través de cartas, diarios, correspondencia, en suma, un testimonio doblemente valioso por ser el propio autor testigo ocular de los hechos que relata. Quizás la obra más conocida es su «Relación Histórica de la vida Apostólicas tareas del Venerable Padre Fray Junípero Serra», que Palou escribe en los últimos años de su vida, siendo ya «guardián» del Colegio de San Fernando, y como homenaje a su paisano y maestro. La obra, que verá la luz en 1787, tenía además la pretensión de dar a conocer la vida de Serra, y toda la información precisa sobre los requisitos indispensables para la fundación de una misión y las penalidades que esto llevaba consigo: dificultades económicas y burocráticas, dificultades a la hora de elegir un emplazamiento adecuado, necesidades de subsistencia, enfrentamientos con los indígenas, así como de una detallada descripción de la puesta en marcha de las misiones, con la construcción de sus iglesias, almacenes, viviendas, y la enseñanza de todo tipo de trabajos entre los indios. No menos importante es la otra gran obra de Palou, «Noticias de la Nueva California», documento de inestimable valor por contribuir al nacimiento de la historiografía californiana, y cuya publicación no tiene lugar hasta 1857. Palou redactará también varios informes, como el de 1783 titulado: «Dificultades y temores relativos a la constitución de la Nueva Custodia de San Gabriel en California», en el que, advertido por el superior del Colegio de San Fernando de un plan de nuevas fundaciones, tratará, como experimentado conocedor del terreno, de informar lo mejor posible a las autoridades sobre la manera de llevar a cabo una fundación. Respecto a sus características como historiador de la segunda mitad del siglo XVIII, hay que tener presente que Palou pertenece ya a esa última etapa del género historiográfico dedicado a Indias; las diferencias que todo cronista o historiador de esta época presenta con los escritores de etapas anteriores son por tanto bastante notables. Baste recordar cómo los cronistas de los siglos XVI y principios del XVII estaban influidos por las técnicas historiográficas del humanis-

¹³ Sobre el padre Crespi es imprescindible la consulta de su biografía llevada a cabo por: H. E. Bolton, *Fray Juan Crespi. Missionary explorer on the Pacific Coast (1767-1774)*, Ams. Press, Nueva York, 1971.

mo renacentista, no sólo en cuanto a estilo literario se refiere, sino también en los aspectos formales de la obra, el contenido y en la forma de concebirla. Los primeros misioneros que llegaron a América se encontraron con un mundo totalmente nuevo para ellos respecto a la flora, fauna o grupos étnicos tan diferentes a los europeos, teniendo que asimilar y acoplar sus mayores o menores conocimientos científicos a la descripción de las tierras indianas. Entre los cronistas de la evangelización, de esa primera etapa de la Historiografía Indiana, son muchos los que tendrán que improvisar sobre el terreno o echar mano de las experiencias de los grandes autores griegos o romanos; algunos, sin embargo, poseerán amplios conocimientos científicos o literarios, es el caso de un José de Acosta, un Bernardino de Sahagún o un Diego de Landa. Es de notar que, por lo general, en todos ellos priva el estilo y lenguaje del escritor humanista, y aunque las diferencias son notables, aflora por lo común en sus obras esa composición un tanto retórica muy en la línea del escritor clásico con grandes proemios introductorios, no obstante, cuando el caso lo requiere, el lenguaje puede allanarse y clarificarse en determinadas ocasiones ¹⁴. Posteriormente, en la época del barroco, los nuevos conceptos y gustos literarios impondrán nuevas técnicas historiográficas, aunque el lenguaje siga influido por lo conceptual y lo retórico. Ya en la segunda mitad del siglo XVII y en la centuria siguiente, puede decirse que los cronistas dedicados a Indias, han adquirido una mayor experiencia por el largo contacto de dos siglos con la realidad americana. A la hora de escribir existe una mayor disparidad de criterios, adaptándose cada uno a las propias características de la obra a realizar, las continuas referencias a los autores clásicos no son tan frecuentes como en épocas anteriores, y por supuesto ya no se escriben grandes historias generales al estilo de los llamados «primitivos de Indias» como Fernández de Oviedo, Bartolomé de Las Casas, Pedro Mártir de Anglería...; ahora rige, como afirmara Esteve Barba, el «particularismo», el «localismo» y el triunfo y exaltación, a veces, del mundo indígena ¹⁵, características que vamos a encontrar también en el siglo ilustrado, en el que además se observa un incremento de las biografías, autobiografías y memorias de viajes, diarios, etc. Por otra parte, si las obras pierden en ocasiones en extensión, respecto a etapas anteriores, puede decirse, aunque no sea en términos generales, que los historiadores del momento ganan en preci-

¹⁴ Un lenguaje que el propio cronista, afirma Frago García, sabrá utilizar para «distinguir bien que partes de su obra se prestan a la explayación retórica y cuales requieren una mayor sencillez, es decir un estilo mas conciso adecuado a la pura y simple descripción». Ver José A. Frago García, «El lenguaje de los escritores franciscanos», en *Actas del IV Congreso Internacional sobre los franciscanos en el Nuevo Mundo*, n.º 197-200, La Rábida, 1989, Madrid, 1990, p. 631.

¹⁵ «Hace tiempo, que han dejado de escribirse historias generales: progresivamente, según van aumentándose y complicándose los sucesos, las crónicas se particularizan, y es también como si los particularismos locales fueran incubándose en estas historias de futuras naciones». Francisco Esteve Barba, *Historiografía Indiana*, Edit. Gredos, Madrid, 1992, p. 19.

sión y carácter descriptivo, cual verdaderos y bien informados periodistas de los acontecimientos. Podemos decir, pues, que el Padre Palou, como cualquier otro contemporáneo, participa de algunas de estas características, aunque con ciertas matizaciones. En primer lugar hay que partir de la base de que Palou no es un historiador vocacional, sino que, como a tantos otros personajes enrolados en la aventura indiana, son las circunstancias las que le obligan a ello para dejar constancia de unos hechos considerados de vital importancia, pues en su caso dar a conocer y resaltar la gran labor llevada a cabo por Serra y sus compañeros franciscanos en el amplio territorio de California, era una especie de deber y obligación, no sólo por la importancia en sí del hecho, sino también para seguir manteniendo la confianza del gobierno, con tal de que aquella empresa no quebrase. Si pasamos a analizar la formación intelectual de Palou, diremos que ésta es la propia de cualquier religioso franciscano, con conocimientos de Filosofía y Teología adquiridos antes de su partida al Nuevo Mundo, no observando ninguna evolución, como afirman algunos biografos, a lo largo de su vida en cuanto a estilo o gustos literarios, quizás por ese forzoso alejamiento en el mundo de las misiones ¹⁶. No obstante, Palou presenta cierta similitud respecto a otros cronistas contemporáneos en cuanto a claridad y sencillez en el estilo, abundancia en el dato y, en ocasiones, minucioso y descriptivo en el detalle, como así demuestra en la mayoría de sus informes y diarios. Esta minuciosidad en todo tipo de narración responde esencialmente a las exigencias de virreyes y autoridades de estar informados correctamente de todo lo acaecido en las misiones desde el mismo instante de su fundación. Así, la narración de Palou es precisa en cada momento y circunstancia, e igual de valiosa para el investigador en todos sus aspectos, como pueda ser el relato de las expediciones llevadas a cabo por toda la zona de California, o el recuento de cabezas de ganado que cada misión poseía, la procedencia de limosnas que ayudaron a mantener las misiones, la descripción de las formas de vida y comportamiento de los aborígenes, el nacimiento de una misión, etc. Sumamente interesante es, como hemos dicho, todo lo referente a los viajes expedicionarios por el ámbito californiano, en especial aquellos en los que el propio Palou tomó parte. Dichas expediciones tenían como objetivo fundamental la elección de un terreno adecuado para el asentamiento de un poblado misional. Tanto en la biografía del Padre Serra como en las noticias de la Nueva California, nuestro cronista describe de una forma concisa y natural las características físicas del lugar, la belleza del paisaje o los encuentros con los propios indígenas. Sirva de ejemplo cuando en 1774, a propósito de la expedición realizada a la bahía de San Francisco, detalla con precisión los pormenores del terreno:

¹⁶ Según la opinión de Anta Martínez, su obra está llena de arcaísmos, realizada según unos patrones literarios que no se llevan ni en España ni en Méjico. J. L. Anta Martínez, *Francisco Palou. Junipero Serra y las misiones de California*, op. cit., p. 19.

«Teniendo desde la loma acantilada á la vista la ensenada de los farallones, las dos puntas de Reyes y la del Angel de la Guarda (álias de las Almejas) que la forman, y en ella un montón de farallones que me pareció son los que están mas declinados al Sur y mas adentro de la ensenada, puse el agujón para demarcarlos y me demoró estos al Oeste Sudeste; la Punta del Angel que distará como cinco leguas me demoró al Sur, y la de Reyes que es el remate de una sierra alta y pelona con pocos manchones de arboleda, que distará de la boca o canal del estero mas de veinte leguas me demoro al Oeste Nordeste; lo que podrá servir de gobierno para los náuticos que quisieren llegar á la boca del estero ó entrar á él»¹⁷.

No faltan tampoco en ninguno de estos informes el comentario de la calidad del terreno para el cultivo, la riqueza forestal o el pasto abundante para el ganado, requisitos indispensables para el asentamiento de una nueva misión:

«A las once y media llegamos á otro arroyo hondo que corre por él un buen trozo de agua como dos bueyes; su caja bien poblada de álamos, sauces, alisos, laureles, zarza y otros no conocidos, y cerca del paso está un manchón de árboles muy altos de la madera colorada, y a unos cien pasos mas abajo otro de la misma madera colorada muy grande, que se divide á más de una legua ántes de llegar al arroyo, que parece de lejos una torre. Cruzamos el arroyo que tiene bien empinada la bajada y subida, y paramos á las once y media de la mañana cerca del arroyo en un llano muy dilatado, que tiene buenos pastos para las bestias y muchos robles y encinos... El paraje nos pareció, así al señor comandante como á mí, á propósito para misión, y el sitio mas inmediato al estero o brazo de mar del puerto de San Francisco, que logra muchas y buenas tierras de pan llevar, pastos, madera, leña, agua, pues la de éste arroyo aunque viene muy honda, pero como baja de las lomerías altas, con facilidad se puede conducir para que riegue este llano...»¹⁸.

Por lo que se refiere a los grupos étnicos encontrados a lo largo de la costa californiana, las descripciones proporcionadas por Palou son de enorme interés desde el punto de vista etnográfico:

«Los Naturales de este sitio y Puerto son algo trigueños, por lo quemados del Sol, aunque los venidos de la otra banda del Puerto y del Estero (de los que han venido ya a avecindarse en la Misión, y quedan ya bautizados) son más blancos y corpulentos. Todos acostumbran así hombres como mujeres cortarse el pelo a menudo, principalmente cuando se les muere algún pariente, o que tienen alguna pesadumbre, y en estos casos se echan puñados de ceniza sobre la cabeza, en la cara y demás partes del cuerpo, lo que practican casi todos los

¹⁷ Padre Francisco Palou, *Noticias de la Nueva California*, Petra (Mallorca), edición del Padre Salustiano Vicedo, t. III, OFM, 1989, p. 245.

¹⁸ Padre Francisco Palou, *Noticias de la Nueva California*, op. cit., t. III, pp. 232-233.

Conquistados, aunque no en cuanto a cortarse el pelo, pues los de los establecimientos del Sur parece que tienen su vanidad en él así hombres como mujeres, haciendo éstas, que lo crían bastante largo, unas grandes trenzas bien peinadas; y los hombres forman como un turbante, que les sirve de bolsa para guardar en la cabeza los abalorios y demás chucherías que se les da... En ninguna de las Misiones que pueblan el tramo de más de doscientas leguas desde esta Misión hasta la de San Diego, no se ha hallado en ellas idolatría alguna, sino una mera infidelidad negativa;... Siempre que enferman atribuyen a que algún Indio enemigo les ha hecho daño, y queman a los que mueren Gentiles, sin haberselos podido quitar, a diferencia de los del Sur, que los entierran... Tienen sus casamientos sin más ceremonia que el convenio de ambos, que dura hasta que riñen y se apartan, juntándose con otro o con otra, siguiendo los hijos a la madre de ordinario;... No conocen para sus casamientos el parentesco de afinidad; antes bien éste los incita a recibir por sus propias mujeres a sus cuñadas, y aun a las suegras,»¹⁹

Gracias a las referencias de Palou podemos conocer el funcionamiento y puesta en marcha de las misiones. Su creación no era asunto que pudiera darse a la ligera. Primero, y tras exhaustivas exploraciones del terreno, los padres (por lo general dos para cada misión) elegían el lugar que les parecía más adecuado, es decir, un emplazamiento apto para el cultivo, dotado de agua abundante —lo que no siempre se conseguía—, madera, pastos, etc., como anteriormente se ha dicho, es decir una zona donde a pesar de las dificultades fuera factible la vida y el desarrollo de la colonización. Los pasos a seguir en la fundación de cada una de las misiones eran siempre los mismos: los padres bendecían el lugar elegido donde celebraban la primera misa bajo una «enramada», más tarde, con ayuda de los pocos soldados que les acompañaban, iban construyendo pequeños refugios muy rústicos, de madera. Cuando los franciscanos comenzaban a ganarse la confianza de los indígenas, éstos empezarían también a colaborar en las tareas de talar árboles, y construir casas, talleres, iglesias, etc. Palou refiere cómo los padres enseñaron a los indios las técnicas de construcción, y la fabricación del adobe, principal material utilizado, aunque en los lugares donde era posible se empleó también la piedra. Los franciscanos no poseían grandes conocimientos de ingeniería o arquitectura, pero supieron acoplar las fórmulas más sencillas que ellos habían conocido en España o Méjico, aparte de que en numerosas ocasiones pedían el envío de maestros albañiles, carpinteros, herreros, que les ayudasen en sus tareas. No obstante, los religiosos, en colaboración con los indígenas, se esmeraron en la decoración de los edificios que tendrían los rasgos propios de la arquitectura española de tiempo atrás: utilización de la planta cuadrada o rectangular, empleo sistemático del arco, el patio, el balconaje, la reja, todo ello con los matices propios del barroco imperante en épocas anteriores, y cuya ma-

¹⁹ Padre Francisco Palou, *Junípero Serra y las Misiones de California*, op. cit., pp. 232-234.

por influencia puede observarse en las iglesias. Es curioso cómo aún, en épocas posteriores, después de la destrucción o ruina de algunos edificios de las misiones, este tipo de construcción influyó decisivamente en la arquitectura de California. Por lo demás, las primeras construcciones que se realizaban en el terreno elegido eran de lo más sencillo, como lo muestra este ejemplo de San Carlos de Monterrey:

«...Tienen fabricada una iglesia de madera de pino y ciprés con su azotea de tierra como también vivienda para los padres y sus correspondientes oficinas y todo delo mismo dentro de esta cada, como también una casa para los soldados de escolta, y se acaba de fabricar otra iglesia como de treinta varas de largo, parte de árboles y parte de madera con su techo de tule, porque se ha experimentado no aguantar la azotea las muchas lluvias hasta tato que se logre maestro inteligente para hacerla como pide el terreno»²⁰

Los capítulos dedicados a la labor de evangelización y conversión de los aborígenes nos muestran la delicada y paciente labor de los padres. Los indios no siempre se avenían gustosos a abandonar sus antiguos poblados, o sus antiguas costumbres, para incorporarse a una misión, por este motivo los padres, como afirma Palou, tenían que atraérselos con algunos «donecillos», en especial ropa, abalorios, semillas, y sobre todo intentaban convencerles de procurarse ellos mismos su propia manutención, creando sus propias cosechas, tras enseñarles las técnicas de la siembra, el laboreo de los campos, etc., sobre todo entre aquellos indios de vida nómada cuya supervivencia se había basado en la caza y en la recolección de semillas o frutos silvestres. Todo ello fue tarea harto complicada, y las revueltas fueron bastante frecuentes, no olvidemos la oposición que presentaron las tribus establecidas a lo largo del río Colorado, y la nación de los Yumas, que ocasionaron las primeras víctimas entre los propios misioneros. Muy a pesar de los religiosos, en estas ocasiones fue imprescindible la intervención de los soldados o de la tropa de los presidios ya fundados, como el de Monterrey. Tampoco faltaron los conflictos con los soldados que, en determinadas ocasiones, daban mal ejemplo a los indios, o les infligían algún tipo de vejación, por lo que los misioneros manifestaron sus quejas sobre ello. Pese a los contratiempos, las misiones funcionaban, y no hubo muchas deserciones de indios, no obstante la férrea disciplina impuesta, pues éstos conocieron pronto las ventajas de vivir en la misión, donde aprendieron el cultivo del cereal, del maíz, el frijol, y más adelante la fabricación del vino, el aceite de oliva, la siembra de frutas y verduras²¹, sin olvidar la enseñanza de los más variados oficios, tales como carpin-

²⁰ Francisco Palou, *Noticias de la Nueva California*, op. cit., t. III, p. 208

²¹ En la misión de San Gabriel Arcángel fundada el 8 de septiembre de 1771, Palou afirma que se iba a hacer una buena sementera de trigo... «para lo cual tenían ocho fanegas de semilla y estaban disponiendo la tierra y luego darían mano a disponer más para hacer a su tiempo una

tería, ebanistería, cerrajería, albañilería, pintura e incluso música. En cuanto a las mujeres, éstas aprendieron el arte de hilar, coser, tejer, cocinar, etc.²². No menos importantes son las referencias que Francisco Palou nos ha dejado sobre el funcionamiento de un pequeño comercio llevado a cabo por los indios con los productos elaborados en dichas misiones, lo que podía proporcionar una fuente de ingresos con que ayudar al mantenimiento de las mismas, a pesar de que no faltaron, en algunas ocasiones, los conflictos con ciertas autoridades, como sucedió con el conocido gobernador Neve quien tuvo, en más de una ocasión, discusiones con los padres al ordenar bajar los precios de los artículos, vendidos por los indios, con el fin de que los soldados pudieran comprar más barato. El interés que el misionero prestó a la cría del ganado vacuno, lanar, caballar o porcuno, constituye otra faceta destacable dentro de las observaciones que Palou presenta en sus obras, pues la vida de los poblados misionales dependía también de ese factor. En las «Noticias de la Nueva California» donde se hace el informe de las cinco primeras misiones fundadas, lleva a cabo un recuento del ganado que se había llevado a las nuevas misiones, y cómo éste se había multiplicado al cabo del tiempo. Respecto a la misión de San Diego dice:

«Del ganado que por orden del visitador D. José de Galvez, vino de la California para estas nuevas misiones le dieron á ésta diez y ocho cabezas de ganado mayor vacuno entre chico y grande y á principio de Octubre próximo pasado tenía cuarenta cabezas; de ganado menor de lana tenía sesenta y cuatro cabezas; de pelo cincuenta y cinco y de cerda diez y nueve; yeguas de vientre quince, cuatro potrancas y un potrillo; ocho caballos mansos y un garañón; dos burras de vientre, un burro entero y otro capon manso; cuatro mulas de silla, diez y ocho de carga aparejadas, con costalería de vaqueta y dos mulas cerreras»²³.

La vida en las misiones no dejaba lugar para el ocio, porque, como es natural, aparte del gran esfuerzo desarrollado por los franciscanos en la civilización de los aborígenes, la enseñanza de la doctrina cristiana era el punto fuerte y prioritario del programa misional. La predicación de la doctrina y la catequesis, se realizaban adaptándose a las circunstancias del momento; en ocasiones se eligió la lengua castellana para dirigirse a los neófitos, pero más

grande milpa de maiz, con la experiencia que tienen de este año que de ocho almudes que sembraron cogieron ciento treinta fanegas, y de cuatro almudes de fíjol lograron siete fanegas; con que tienen ya para hacer mayores sementeras para regalar á los nuevos cristianos y atraer á los gentiles, que será buen aliciente por ser indios muy pobres por la cortedad que tienen de semillas silvestres y de caza...». Francisco Palou, *Noticias de la Nueva California*, op. cit., t. III, p. 200.

²² Tanto en la biografía del Padre Serra como en las *Noticias de la Nueva California*, Palou describe los rasgos y características de las indígenas, así como las diversas actividades que les fueron encomendadas dentro de la misión tales como tejer ropa, curtir o coser pieles, o confeccionar cualquier producto de temporada con el que luego comerciar.

²³ Francisco Palou, *Noticias de la Nueva California*, op. cit., t. III, pp. 198-199.

tarde el mismo Padre Serra, viendo las dificultades, decidió que fuera el propio misionero el que se esforzara en aprender la lengua indígena, y no al revés. Narra también Palou la celebración de todas y cada una de las fiestas más importantes del año (Navidad, Semana Santa, Pentecostés, fiestas en honor de la Virgen, de los Santos, etc.), y multitud de noticias anecdóticas acerca de la administración de los sacramentos a los indios, la celebración de entierros, matrimonios, bautismos.

Los ratos de esparcimiento estaban asimismo asegurados, no faltando las fiestas, bailes, juegos y a veces la concesión de varios días de permiso para los indios que quisieran visitar a los familiares que vivieran fuera del poblado.

De todo esto se puede extraer la conclusión de que la evangelización lograda por los misioneros franciscanos en California no fue el resultado de una mera «improvisación» surgida por el fervor religioso; los padres tenían los pies sobre la tierra y comprendieron que toda labor de signo espiritual debía estar acompañada de una preocupación por las cosas materiales, tales como la enseñanza de oficios varios que, junto con cierta instrucción primaria en conocimientos de lectura y escritura para una mejor comprensión de la doctrina evangélica, fueran moldeando las primitivas costumbres de los nativos, para introducirles en la urbanidad y la civilización, y de ese modo, facilitar la convivencia pacífica entre ellos mismos. El valor testimonial de la obra de Francisco Palou constituye, pues, una de las aportaciones documentales más significativas sobre la vida en las misiones durante el siglo XVIII, sobre todo porque no son muy abundantes las referencias que se poseen de otros cronistas o misioneros, salvo, como se ha dicho, los diarios del Padre Crespi, algunas cartas del Padre Serra, etc. Es por tanto nuestro cronista el principal informante de todo cuanto sucedió en esa formidable empresa llevada a cabo por la Orden Franciscana, y cuyos innumerables capítulos son todavía susceptibles de futuras investigaciones. Si su altura literaria no está, a veces, en consonancia con los gustos del momento, o no adquiere la calidad mantenida por otros historiadores de su época, no puede por ello negarse categoría a su obra, escrita con la sinceridad y sencillez de un hombre entregado, como su maestro fray Junípero y todos sus compañeros, al servicio de los aborígenes de la naciente California.

BIBLIOGRAFÍA

- BOLTON, H. E.: *Fray Juan Crespi. Missionary, explorer on the Pacific Coast. 1769-1774*, Nueva York, Ams. Press, 1971.
- HILTON, Sylvia L.: *Junípero Serra*, Madrid, Historia 16, quorum, 1987.
- MAYNARD GEIGER, O. F. M.: *Franciscan Missionaries in Hispanic California. 1769-1848*, San Marino, The Huntington Library, 1969.

PALOU, Francisco: *Junípero Serra y las misiones de California*, edición de José Luis Anta Félez, Madrid, Historia 16, 1988.

— : *Noticias de la Nueva California*, Petra, Edit. Apóstol y Civilizador, 1989, 4 vols.

SALES fray Luis: *Noticias de la Provincia de California. 1794*, edición de José Porrua Turanzas, Madrid, 1960.